

Al construir un edificio donde lo abierto y lo cerrado se conjugan con sabiduría mediterránea, Sert pudo aprovechar al máximo la luz natural, el tiempo que el empleo de lucernarios de hormigón y superficies curvas permite una iluminación solar sin reflejos, a cualquier hora.

Premio europeo a la Fundación Miró

UN MUSEO VIVO

ENTRE pinos, cipreses y macizos de adelfas que se incorporan a la magnífica arquitectura del edificio, como si fueran piezas y partes de su geometría, entre el fondo azul pizarra de las colinas de Collserola y el gris del mar, el arquitecto Josep-Lluís Sert construyó este museo blanco, sereno, que, según confirma el Consejo de Europa, contribuye a la creación de un nuevo concepto, el de centro cultural.

De la idea de museo a la de centro de estudios

Los griegos disponían de una palabra para designar aquellos recintos destinados a acumular objetos preciosos, raros, objetos que debían perdurar en la memoria y ser contemplados por las generaciones futuras: *museion*, sede de las Musas. En Alejandría, en el siglo III a. C., ya se conocía esta forma de la memoria llamada museo. Adriano, Verres, hicieron construir museos donde atesorar y coleccionar piezas valiosas: desde antiguo, el hombre lucha contra la fugacidad y la devastación del tiempo, contra la destrucción y la pérdida.

Aun en sus orígenes, el museo pareció destinado a ser el guardián y el custodio de la eternidad, el solemne canchero del tiempo. La inevitable

CRISTINA PERI ROSSI

El Premio Especial del Consejo de Europa 1977 fue recientemente concedido a la Fundación Joan Miró, de Barcelona, "por sus éxitos en la aplicación de los objetivos de la Fundación al progreso de las ideas internacionales, especialmente entre la juventud, y por su contribución a la creación de un nuevo concepto de museo de arte como centro cultural". El Jurado expresó su deseo de que "este reconocimiento sirva de ejemplo para las futuras ocasiones en que el Consejo de Europa conceda este premio a partir de 1978".

sensación de pesadez, de trascendencia que fluye de sus paredes nacía, precisamente, de la carga de valores que debía transmitir y revelar: materiales nobles empleados en la ejecución de la obra (no olvidemos que el uso de elementos perecederos en la plástica, tales como residuos industriales, paja, leños quemados, es muy reciente), técnicas exigentes, cierto consenso crítico. A lo sumo, incorporaba algunas expresiones de vanguardia cuando ésta ya estaba avalada por los marchands y por los grupos de presión que casi inevitablemente rodean a esta clase de instituciones: cualquiera sabe cuántos puntos de cotización sube un autor cuando una de sus obras figura en el catálogo de un museo.

Como las neveras, los museos

tienen la función de conservar y de congelar, para que el ojo del humano desatento encuentre, al recorrer sus paredes, vestigios de visiones, de sueños, de fantasías y de realidades fugitivas. El visitante está en tránsito dentro de un recinto donde todo invita a la fijación, a retener, a enraizarse. Quien contempla una obra ve un producto, algo acabado y ya por siempre detenido; de la acción y de la energía que lo hicieron posible puede tener lejanas intuiciones, deducciones, pero le es imposible reproducir los pasos, los tanteos, la elaboración completa del fruto. En el museo tradicional, el visitante sólo podía pasar y mirar, su actitud no podía ser más que pasiva: la pura contemplación.

Si el arte es actividad, ener-

gía, ebullición, experimentación, había una contradicción evidente con la pasividad que el museo imponía al público, invadido por tantas muestras de creatividad, pero reducido a transitar por salas superpobladas, a recorrer espacios invadidos de obras.

La idea de convertir al museo en un centro de estudios o en un centro cultural sin que, por otro lado, deje de cumplir su función primera de conservación y de exposición le devuelve al ser humano la posibilidad de saltar por encima de compartimientos estancos y de reunir en una sola experiencia aportes de diversas disciplinas. No hay duda de que aún queda mucho por desarrollar de este nuevo concepto para volverlo más dinámico, más totalizador y más activo, pero, en principio, es un hecho muy renovador y auspicioso que haya sumado a su antigua función de guardián y custodio de los valores de las artes plásticas las de un centro donde coexisten amablemente diversas disciplinas.

Los fundamentos de un premio

La declaración del Consejo de Europa es bien explícita: concede el galardón a la Fundación Miró por cumplir precisamente con sus postulados: ser un cen-

tro de estudios. En efecto, alrededor de los tres patios que imaginó y construyó Josep-Lluís Sert (típicos de la arquitectura mediterránea) se erigen varios espacios que reúnen diversas manifestaciones culturales: salas de exposición, auditorio con 200 butacas equipado para proyecciones cinematográficas, biblioteca, lugares de descanso y de reunión, y otros destinados a montar manifestaciones y espectáculos varios. La imaginación de los inspiradores de la Fundación (Miró, Joan Prats y los arquitectos Anglada, Gelabert y Ribas) supo organizar un edificio que permite al acosado visitante de los museos tradicionales encontrar puntos de reposo, oasis de transición, sin que desee huir en virtud del habitual agobio de tanto arte acumulado. Evitar la fatiga del ojo más resistente, así como la posibilidad de conciliar más de una disciplina son virtudes in-

recordar, quizá, que el arte, cualquier arte, no es una experiencia cerrada y al margen, reclusa entre las paredes de un museo como en una tumba, sino algo dinámico y rumoroso, que coexiste con los datos de la realidad cotidiana. La presencia de árboles y de plantas, tanto como la de la cafetería interior, pretenden quitar esa atmósfera de solemnidad y pesadez que lamentablemente se asocia al museo tradicional. Porque en la blanca y láctea biblioteca, mientras hojeamos un libro de Max Ernst, es posible divisar las altas ramas de los cipreses moviéndose apenas con el viento, u observar cómo las formas ojivales de un ala del edificio producen una agradable sensación de levedad. Y ni el más audaz de los críticos podría animarse quizá a elegir entre una tela de Miró o el admirable olivo que se levanta en el centro de uno de los patios,

de la luz. Al construir un edificio donde lo abierto y lo cerrado se conjugan con esa sabiduría que se ha dado en llamar mediterránea, Sert pudo aprovechar al máximo la luz natural, al mismo tiempo que el empleo de lucernarios de hormigón y de superficies curvas cuidadosamente calculadas permite una iluminación solar sin reflejos, a cualquier hora. Paredes convertidas en superficies de cristal y sin marco provocan un juego de transparencias de enorme sugestión: desde la fachada con portal de vidrio es posible divisar, en sucesión de paredes del mismo material, el núcleo urbanístico de Barcelona, que se presenta como telón de fondo.

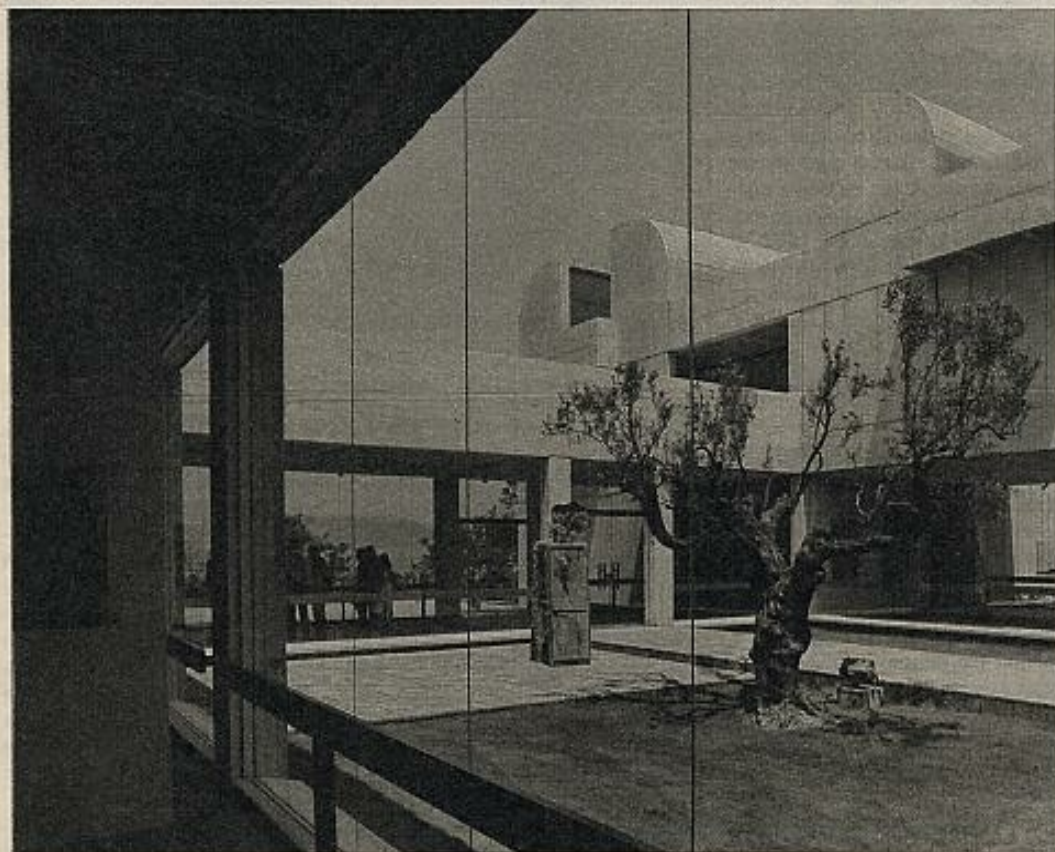
Actividades

Desde que la Fundación abrió sus puertas al público, el 10 de

José Ponsatí, quien trabaja con grandes volúmenes de plástico inflados con gas que se elevan casi siempre en las cercanías de su pueblo, Bañolas, alcanzando hasta 140 metros de altura. De estos enormes cuerpos sacudidos (y en definitiva: gastados, consumidos) por el viento, la Fundación Miró exhibirá fotografías y documentos, ya que la índole efímera y monumental de las construcciones impide su montaje en el museo. Vicens destaca, además, que la Fundación destina cada tres semanas uno de sus espacios a la exhibición de obras de artistas jóvenes, los cuales presentan un proyecto que es considerado por la Junta de Actividades. En el aspecto de conferencias y debates, hay que destacar los ciclos dedicados a Psicodrama psicoanalítico, a Sigmund Freud, al objeto y al Arte tántrico. Más de doscientos films han sido proyectados, que abarcan desde Carl Dreyer a Kenji Mizoguchi, desde Griffith al cine "underground" norteamericano. Los conciertos de música contemporánea han recogido también a autores e intérpretes catalanes.

Hay que señalar un hecho notable: la Fundación Miró vive con un presupuesto absolutamente insuficiente, una suerte de milagro que sólo la dedicación y la entrega del público y de los amigos hacen posible. En efecto: no cuenta con ningún subsidio del Estado ni de la Diputación. El Ayuntamiento paga sólo los gastos de electricidad, teléfono, calefacción y limpieza. Francesc Vicens declara que posiblemente en ningún otro país del mundo podría subsistir esta Fundación con las asignaciones que recibe: la entrada que paga el público (50 pesetas) y la ayuda económica de los socios, Amigos de la Fundación Miró, que pagan cuotas anuales que van de 1.000 a 2.000 pesetas, más el capital inicial que aportó el propio Miró. A pesar de ello, la Fundación constituye uno de los organismos más vivos de la cultura en España y en Cataluña. Estas penurias económicas se resolverán posiblemente con el traspaso de funciones a la Generalitat.

Si los museos son una metáfora o una alegoría del mundo porque en ellos el hombre entra en relación con el tiempo y el espacio, es decir, con el infinito, no hay duda de que la Fundación nos propone un modelo de cultura dinámica y, especialmente, una relación más intensa entre el hombre y la obra, cualquiera que ésta sea, aunque, como en el caso de las construcciones de Ponsatí, sea una obra para una sociedad comunitaria y colectiva que todavía no existe. Al fin, uno de los roles del arte es dibujar y diseñar el porvenir. ■



Ni el más audaz de los críticos podría animarse quizá a elegir entre una tela de Miró o el admirable olivo que se levanta en el centro de uno de los patios para testimoniar que la Naturaleza es arte, y el arte es Naturaleza elaborada.

negables de este proyecto tan eficazmente realizado.

Naturaleza y cultura

Mientras el visitante circula por el edificio blanco sin pasar dos veces por el mismo lugar, se encuentra, sabiamente distribuidos, jardines y terrazas que dan a la ciudad. Espacio interior y exterior se concilian para

para testimoniar que la Naturaleza es arte y el arte es Naturaleza elaborada.

Dos cosas sobresalen en el admirable edificio: el magnífico uso de la luz natural y la cualidad sedante del blanco que domina la construcción. Aunque resulte absurdo en edificios hechos para "mirar" y contemplar obras, la inmensa mayoría de los museos no han resuelto de manera adecuada el problema

junio de 1975, ha presentado un total de 37 exposiciones, nos informa su director, Francesc Vicens. Uno de los propósitos que guían a la Junta de Actividades es dedicar particular atención a la experimentación y a la búsqueda en el campo de las artes plásticas, a través de las corrientes más modernas y de vanguardia. Un ejemplo de ello será, en breve, la muestra dedicada a un artista catalán,